

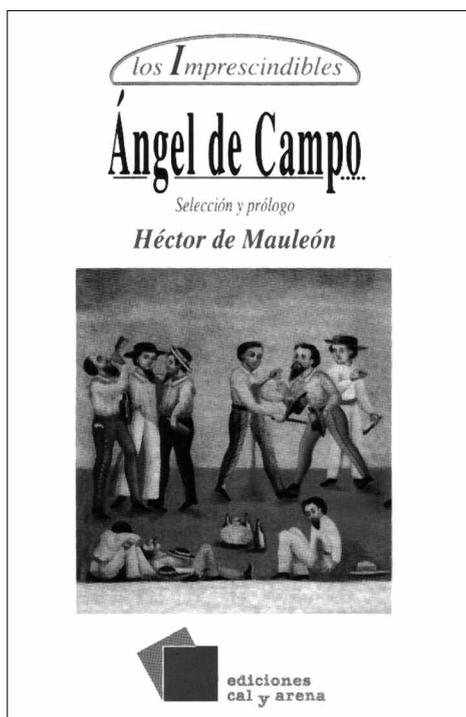
Lecturas del pasado

Claudia Guillén

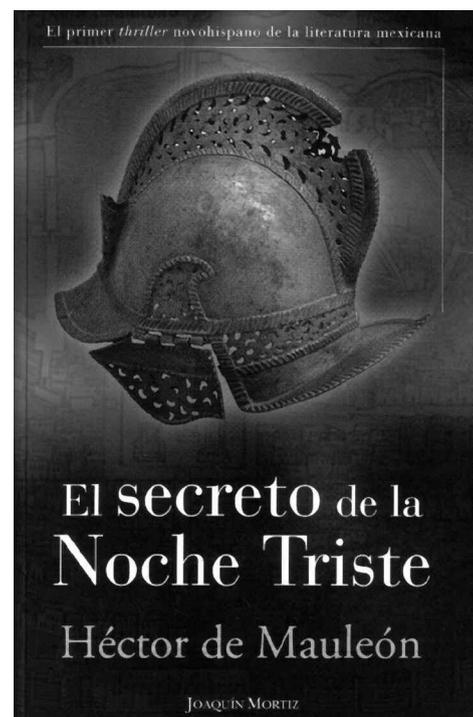
Este 2009 que está por finalizar, el cronista, ensayista, periodista y narrador Héctor de Mauleón (1963) nos ha entregado dos publicaciones en las que lleva a cabo sendos registros de nuestra historia, en particular la de la Ciudad de México, valiéndose tanto de géneros distintos, aunque complementarios —ensayo, antología y novela—, como de la exploración de diferentes épocas —siglos XIX y XX, y el XVII, respectivamente. Estas publicaciones son la antología *Ángel de Campo*. (Selección y prólogo de Héctor de Mauleón) y la novela *El secreto de la Noche Triste*.

La primera forma parte de la colección *Los imprescindibles* de la editorial Cal y Arena —que se ha dado a la tarea de rescatar autores de diversos periodos de la cultura nacional—, a través de esta antología De Mauleón nos acerca a un personaje que parece haberlo llamado para que lo salvara del injusto olvido en el que permanecía. Al inicio del volumen, el también autor de *La perfecta espiral* nos cuenta que, al aproximarse el centenario de Ángel de Campo —conocido como *Micrós* o *Tick-Tack* en la prensa del porfiriato—, se dirigió al antiguo domicilio de este autor en Santa María la Ribera, con el acta de defunción en la bolsa del saco y la esperanza de encontrar la “casona porfiriana” que un día habitó. Para su sorpresa, en lugar del caserón había un edificio ostentoso, emblemático de la modernidad contemporánea. Situación que utiliza De Mauleón para insertarnos sin tropiezos en el relato de la existencia de *Micrós*, quien un siglo atrás escribiera espléndidas crónicas sobre el modo en que la modernidad porfirista arrasaba con los espacios arquitectónicos que guardaban sus propios recuerdos.

La lectura de *Ángel de Campo* es por demás provechosa. Si bien gracias a ella podemos formarnos un panorama completo de



la vida y obra de uno de los autores “menos leídos” de la literatura nacional, también es cierto que este libro muestra la pasión del antologador y prologuista por hurgar en rincones que apenas se conocen, para después compartirlos con los lectores no sólo en un acto de divulgación sino también de generosidad. De Campo fue el cronista de la evolución de la capital hasta alcanzar el estatus de ciudad moderna y luminosa, pero también de la Ciudad de México soterrada y casi invisible ante la inminente cascada de progreso que se gestó al comienzo del siglo XX: los autos ruidosos que transitaban por las calles, la luz eléctrica que deslumbraba a los transeúntes, el teléfono que permitía que la voz llegara a distancias inesperadas; en fin, el progreso con toda su contundencia. De Campo también ejerció el oficio literario; fue autor de tres libros de relatos: *Ocios y apuntes*, *Cosas vistas y car-*



tones, así como de la novela *La rumba*, dada a conocer —en forma de libro— en el centenario de su muerte.

En la antología, tras la presentación y el prólogo, el lector tiene acceso a los diferentes ejercicios narrativos que cultivó *Micrós*, y en el transcurso de la lectura encuentra cuentos, crónicas, apuntes y algunos capítulos de *La rumba*, para rematar con las crónicas inéditas —sólo aparecieron en *El Imparcial*, en su columna “Semana Alegre”—, que no habían sido puestas a disposición de los lectores sino hasta que llegaron a estas páginas. El contenido de la antología es tan variado que nos permite percibir muy de cerca los desasosiegos de Ángel de Campo como testigo inquieto del cambio de siglo, trasladándonos a varias “Ciudades de México” que se modificaban conforme transitaban de las postrimerías del siglo XIX a los inicios del XX. Se trata, pues,

de una obra sólida, imprescindible en nuestras lecturas no sólo por su valor literario, sino además porque gracias a ella nos adentramos en un pasado no tan remoto, a través de los ojos privilegiados de un escritor atento a los cambios y pérdidas irre recuperables de la ciudad que lo había visto nacer.

Como Héctor de Mauleón nos recuerda, el 9 de febrero de 1908 Ángel de Campo muere de tifo —“el perro de invierno”, como él mismo llamaba a este mal— en una franca y cruda soledad. El cronista más destacado del periódico *El Imparcial* no logró atraer, en su trance de muerte, ni la mirada de los amigos que lo festejaban en vida, ni la atención de los diarios de circulación nacional. A su sepelio asistieron algunos pocos y fue enterrado en el Panteón de Dolores. Todo parecía indicar que ahí terminaba, no sólo la vida, sino también la difusión de la obra de un autor primordial para las letras mexicanas. Quién le diría al también poeta *Tick-Tack* que, cien años después, uno de los principales cronistas de nuestro tiempo, apasionado igual que él por la Ciudad de México, lo traería de vuelta con nosotros, y que además él, Ángel de Campo, sería uno de los impulsos para que este inquieto cuentista —y ahora novelista— Héctor de Mauleón, se pusiera a escudriñar en un pasado más lejano con la intención de recrearlo a través de un ejercicio de ficción literaria bastaste ambicioso, llevado a cabo con gran oficio, en un inteligente *thriller* cuyo escenario es —por supuesto— la Ciudad de México, pero ahora en los inicios del siglo XVII.

El secreto de la Noche Triste es la confirmación de la voluntad del autor por abreviar en épocas poco transitadas por muchos, aunque nunca ajenas a él. De hecho, produce un especial gozo leer a un escritor que, a través de su prosa, contagia su devoción por espacios y épocas casi no atendidos por la narrativa. En esta novela De Mauleón sincroniza de modo ejemplar sus obsesiones literarias: la trama central se

ubica en el año 1600, aunque el inicio de la historia se da cuando en 1520 Hernán Cortés decide abandonar Tenochtitlan con el tesoro de Moctezuma a cuestas y fracasa en su intento, pues las riquezas se pierden durante la batalla conocida como de la Noche Triste. Años después, Cortés, sus allegados y los descendientes de ellos parecen condenados a un destino trágico, una suerte de maldición que se extiende hasta el siglo siguiente, con lo que llegamos al “tiempo real” del relato, cuando se establece el conflicto que detona las diversas y complejas subtramas. El autor entretiene así varias historias: la de Cortés y sus compañeros, la de la descendencia inmediata de ciertos conquistadores y la de sus nietos, quienes son asesinados uno a uno de manera misteriosa.

El narrador criollo, Juan de Ircio, cuenta la historia que atestiguó de niño. Nos habla desde un presente posterior —treinta y siete años después de los hechos— donde lo narrado pareciera muy lejano en el tiempo. De Ircio es huérfano de madre, y su padre lo encarga con la tía Beatriz, quien llega de España con las expectativas que los cronistas le habían creado sobre el incipiente país llamado Nueva España. Su arribo modifica un tanto las costumbres del joven Juan, pero su vida da un vuelco de ciento ochenta grados cuando la Inundación del Espíritu Santo saca a flote, en su casa, un lienzo donde aparece la imagen de un hombre de facciones claras cuyo nombre es Aldrete. A partir de ese momento comienza a tejarse una historia de suspenso que da pie a los asesinatos que sacuden la ciudad. Las hipótesis van de un lado a otro, y el descubrimiento de la identidad del caballero rubio permite a los protagonistas trazar un mapa de los crímenes y del supuesto origen de la matanza, con lo que la tensión crece, sin desplomarse, hasta la última página.

En *El secreto de la Noche Triste*, Juan de Ircio es acompañado, en la primera parte de la historia, por el ciego Dueñas, quien de alguna manera es el cronista “no oficial”

de los sucesos acontecidos en la ciudad desde 1570. Asimismo, otro personaje que lo acompaña en sus pesquisas es el poeta Arias de Villalobos, quien reelabora los planteamientos del ciego para dotar de más elementos todavía a este *thriller*. La figura del Santo Oficio se erige en un personaje más que amenaza la estabilidad de los novohispanos. A lo largo de la trama se narra, entre muchas otras cosas, cómo se dio la primera rebelión de criollos —encabezada por Martín Cortés— que intentaban promulgar su independencia para deshacerse de los gachupines que venían a México sólo para saquearlo, sin manifestar ningún respeto por el espacio geográfico ni por quienes hacían su vida y fincaban sus tradiciones en tierras americanas.

Al principio de estas líneas enumeré los diferentes oficios de Héctor de Mauleón con el fin de establecer, apenas, un acercamiento a su condición de profesional de la narrativa y el periodismo, sostenida en gran parte por esa curiosidad interminable que ahora le permite introducir a sus lectores tanto en el cosmos novohispano como en el ámbito finisecular de Ángel de Campo. De la erudición del investigador a la malicia del novelista fascinado por los bajos fondos del México colonial, del ensayista analítico al creador riguroso y eficaz de fantasías criminales, Héctor de Mauleón sabe moverse en épocas distantes y géneros literarios distintos, unidos por una misma pasión. Pero sobre todo, como queda de manifiesto tanto en *Ángel de Campo* como en *El secreto de la Noche Triste*, entre la lectura acuciosa de otro escritor y la lectura del pasado en provecho de la obra personal, ha sabido lograr la unión de dos universos narrativos a través de una calidad literaria incuestionable. **U**

Héctor de Mauleón (prólogo y selección), *Ángel de Campo*, Colección Los imprescindibles, Cal y Arena, México, 2009, 834 pp. y *El secreto de la Noche Triste*, Joaquín Mortiz, México, 2009, 211 pp.

Héctor de Mauleón sabe moverse en épocas distantes y géneros literarios distintos, unidos por una misma pasión.